

mientos apenas nacidos; háganse superiores á esas pequeñas incidencias que tan á menudo sobrevienen, á fin de obtener la gracia de vencerse en las graves que son mas raras. ¿Cómo se perdonarían insultos, desprecios, agravios del prójimo, cuando tanto resentimiento se demuestra por una palabra que escapó, por una desatención? ¿Podemos acaso vivir unidos, sin tener á cada paso de qué disimularnos unos á otros? Y ¿le cuánta dulzura se necesitará para con los Júdas, si ninguna se tiene con las personas á quienes no puede echarse en cara sino leves faltas de caridad?

CAPITULO LVII.

NEGACION DE SAN PEDRO.

LA negacion de san Pedro, que permitió Dios para ser mas humilde á este apóstol, é inspirarle una saludable desconfianza de sí mismo, es un manantial fecundo de enseñanza para las personas espirituales. Pedro era de todos los discípulos de Jesucristo el mas celoso para con su persona, el mas ardiente por sus intereses, el que le manifestaba un amor mas vivo y mas animado. Muchas pruebas nos suministra de ello el Evangelio, que es inútil referir aquí. Este fervor sensible, que venia de la gracia, pero en el cual se mezclaba tambien algo de carácter, habia producido en él una especie de presuncion, que le hacia creer que él sobrepujaba á los demas en adhesion á su Maestro y que no sucumbiria como ellos á la tentacion.

Así que, habiendo Jesucristo dicho á todos: *Todos vosotros padecereis escándalo por ocasion de mí esta noche; por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño* (Matth., XXVI, 31 y sig.), Pedro, por impetuosidad de celo, y sin atender que desmentia á la vez á Jesucristo y á la Escritura,

osó responderle: *Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo.* Presuncion y temeridad inexcusables, que obligaron á Jesucristo á hacerle esta prediccion personal: *Pues yo te aseguro con toda verdad, que esta misma noche, antes que cante el gallo, me has de negar tres veces.* No por esto entró Pedro en su interior, sino que desmintiendo de nuevo á su Maestro, le dijo: *Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré.*

Este fervor de Pedro se sostuvo hasta el momento de la prision de Jesus, en donde echó mano de su espada para defenderle; pero le abandonó muy luego y huyó con los demas. Sabido es el modo con que en seguida tuvo la debilidad de negarlo hasta tres veces, asegurando y protestando con juramento que no conocia aquel hombre. Parece, segun el relato de san Lucas, que esto pasó en presencia del mismo Jesucristo, el cual, desde el lugar en que se hallaba, podia ver y oír al apóstol. Despues de la tercera negacion volvióse hácia Pedro y le arrojó una mirada. (Luc., XII, 61, 62.) ¡Qué mirada! ¡de cuánta gracia interior fué acompañada! A Pedro le penetró hasta el fondo del alma. Confuso y enternecido salió luego para llorar con amargura su falta.

Aquella mirada del Salvador que le aseguraba su perdon hizo mas vivo y mas íntimo su arrepentimiento. Lloró toda su vida su pecado y la presuncion que lo motivó. Si no hubiese de este modo presumido de sí mismo, no hubiera permitido Dios tan notable caida en el príncipe de los apóstoles y en la cabeza de la Iglesia. Pero su mal necesitaba este remedio, del cual resultó tan grande bien para él. Su amor fué despues aún mas sincero, mas tierno, mas reconocido, y al propio tiempo mas humilde y mas circunspecto. Así se ve palpablemente cuando Jesucristo despues de su resurreccion le hizo retractar su triple negacion por una triple protestacion de amor. A la primera pregunta que le hizo: *Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos?* se contentó con responder: *Señor, tú sabes que te amo.* (Juan., XXI, 15.)

sin decir que le tenía mas amor que los otros; y se afligió de que Jesucristo reiterase su pregunta hasta tres veces, temiendo, no que dudase de su amor, sino que no fuese verdadera la protesta- cion que le hacia. Así, nunca le dijo: *Yo os amo*, sino *tú sabes que te amo*, apoyando su afeccion, no ya sobre su sentimiento in- terior, sino sobre el conocimiento que de él tenía Jesucristo, á quien nada se ocultó.

Es admirable por cierto la bondad de que Jesus usó con san Pedro. Predijole su caída, á fin de que desconfiado de sí mis- mo evitase la ocasion, ó en caso de hallarse á ello comprometido, recurriese al solo que podia sostenerle. Porque la prediccion de Jesucristo no era absoluta, sino solamente condicional, su- poniendo que Pedro persistia en sus sentimientos y se exponia á la tentacion, que podia haber evitado. Despues de su caída, este apóstol no se hubiera levantado jamas, si Jesus no lo hu- biese llamado á sí mismo. Cuando conjurados sus enemigos no pensaban sino en quitarle la vida, suscitándole contra él falsos testigos, le declaraban digno de muerte por haberse llamado Hi- jo de Dios, y le agobiaban con toda especie de ultrajes, insensible á lo que concernia á él, no piensa sino en su amado discípulo; arroja sobre él una mirada mas tierna, mas elocuente, mas pe- netrante que todos los discursos, le traspasa el corazon y le ha- ce derramar lágrimas. Despues de resucitado, le trata con mas bondad que nunca, le distingue de los demas apóstoles por me- dio de una aparicion particular; conversa con él familiarmente sin hacerle inculpacion alguna por su falta; y despues de haber sacado de él una reparacion enteramente dictada por el amor, le confia el cuidado de sus corderos y de sus ovejas, y le predica el género de muerte con que deberá algun dia glorificar á Dios. Tal es la conducta llena de ternura que ha guardado siempre para con los pecadores sinceramente convertidos. ¿Es este el modo con que nos volvemos los primeros hácia aquellos de quie- nes hemos recibido alguna injuria personal, y nos dedicamos á reconquistar su corazon por medio de prevenciones y buenos

oficios? La caridad de Jesucristo es no obstante el modelo de la nuestra, y nosotros necesitamos que él nos prevenga y dé el primer paso para acercarnos á él, cuando nos hemos alejado por nuestras ofensas.

En cuanto á la caída de san Pedro, no hablando aquí sino del provecho que pueden sacar de ella los principiantes en la vida espiritual, atiendan que ellos son novicios en el servicio de Dios, como lo era este apóstol; que en el primer fervor de su amor sensible se sienten con un valor que les hace presumir de sus propias fuerzas, y creerse capaces de las mas altas empresas y de los mayores sacrificios. Paréceles entonces que ninguna ten- tacion puede vencerles, ningun obstáculo arredrarles, y que to- do es posible y aún fácil á su amor. Cuando leen ú oyen decir que ciertas almas santas no aceptaron sino con extrema repug- nancia y despues de largos combates las cruces que les fueron presentadas, se admiran, y no saben concebir cómo se pueda negar á Dios cosa alguna. Mas que aguarden un poco, y cam- biarán de ideas y de lenguaje. No han hecho todavía la prueba de su debilidad, ni aún la conocen; no han gustado sino dulzu- ras y consolaciones, y dicen como David: *En medio de mi pros- peridad habia yo dicho: No experimentaré nunca jamas mudanza alguna.* (Psalm., XIX, 7.) Mas vuelva el Señor su rostro por poco que sea, sobrevengan las sequedades de espíritu, levántese la mas leve borrasca, sea necesario resistir á una ligera tenta- cion, á un pequeño respeto humano, tenerse firme, no digo con- tra las amenazas de personas poderosas, sino contra el chisme de cualquier mujercilla; abandónales su fortaleza, la naturaleza tiembla, su voluntad vacila; hélos aquí á punto de hacer trai- cion á la causa de Dios, harto dichosos aún si no renuncian á ella realmente. ¡Oh hombre! y ¡cuán débil eres! y ¡cuán fuerte serás si no presumes serlo! No cuentes sobre la impresiou de una gracia pasajera, y no juzgues de tus disposiciones, sino cuando se haya resfriado tu ardor. Huye las ocasiones por un sentimiento de desconfianza; invoca humildemente á Dios cuan-

do á ellas te veas expuesto á pesar tuyo; no vayas delante de las cruces, bastante vendrán ellas por sí mismas. Vistas de lejos en un momento de fervor, te parecerán bellas y ligeras, y las atraerás con tus buenos deseos; pero vistas de cerca, cuando te halles en tu estado ordinario, las hallarás espantosas, insoportables. Mucha diferencia va, decía un santo varon por su propia experiencia, entre hacer el sacrificio de su vida al pié de un oratorio, ó hacerlo al pié de un patíbulo. ¡Cuántas veces hemos dicho á Dios como san Pedro: *¡Yo daría mi vida por vos!* Y le hemos negado cuando nos ha pedido una bagatela, un nonada. Dios no ha de ser el juguete de nuestros ofrecimientos y de nuestras protestas; ni tampoco debemos serlo de nosotros mismos. Y ciertamente que en este punto no procederemos de ligero cuando háyamos experimentado lo que somos. Pedro, despues del despenso del Espíritu Santo, hizo prodigios de valor, sin haber experimentado ni proferido una sola palabra de presuncion.

CAPITULO LVIII.

SILENCIO DE JESUCRISTO EN PRESENCIA DE SUS JUECES.

Si yo escribiese ahora para las gentes del mundo, seguiria á Jesucristo en los diversos tribunales á que fué conducido: en el tribunal de los judíos, en que la prevencion y la pasion le condenaron; en el tribunal de Heródes y de su corte, en donde la impiedad le despreció como un insensato; en el tribunal de Pilátos, en donde la política sacrificó su reconocida inocencia á intereses temporales; y demostraria que en todos tiempos, y en el día mas que nunca, Jesucristo y su doctrina son la reprobacion del mundo, prevenido ó apasionado, impío y libertino ó interesado y político. Pero esta materia es mas propia de la cátedra cristiana y la dejó para los predicadores. Limítome ahora

á la conducta que observó Jesucristo delante de sus acusadores y de sus jueces.

Los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo presididos por Caifás, habiendo pronunciado ya desde mucho tiempo en su corazon el decreto de muerte contra Jesucristo, no trataron sino de cubrir con algunas formalidades la notoria injusticia de esta sentencia. Sobornaron, pues, dos falsos testigos, cuyas deposiciones no estaban de acuerdo. Parecieron dos, por fin, que le acusaron de haber dicho del templo lo que habia dicho de su cuerpo, á saber: que si se le destruyese, despues de tres dias lo restableceria. Habiéndole preguntado el principe de los sacerdotes por qué nada respondia á los que le acusaban, Jesucristo persistió en guardar silencio. Fácil le hubiera sido sin duda el confundir á sus acusadores con solo abrir la boca, si hubiese reconocido rectitud y equidad en sus jueces, y que solo necesitaban ser instruidos. Pero sabia que hubiera sido inútil cuanto dijese en su defensa y que estaban resueltos á perderle. Calló, pues, y se dejó juzgar como un criminal, puesto que se queria á toda costa que lo fuese.

Hay en el mundo cristiano, y aún entre los mismos devotos, gentes decididas á condenar la vida interior y á los que la han abrazado. Segun el modo con que de ella hablan, con mezcla de calumnia y de exageracion, segun el tono de pasion con que lo dicen, y su terquedad en no querer escuchar razones, no es difícil deducir que su prevencion es extremada y que están decididos á no salir de ella. Sabidas de cierto sus disposiciones, el silencio es el único partido que hay que tomar con tales gentes. Preciso es dejar que condenen los caminos espirituales, las personas que los siguen, y á nosotros mismos, si ante ellos nos vemos acusados, sin soltar una sola palabra de justificacion, que solo serviria para irritarles mas y hacerles mas culpables. Creemos deber hablar porque la gloria de Dios nos parece interesada en ello. Mas ¿lo fué nunca tanto en apariencia, como en la causa de Jesucristo? El no despegó siquiera sus labios, porque

era realmente para la gloria de Dios el que callase y fuese víctima de su silencio. Callemos, pues, á ejemplo suyo, aunque en ello nos vaya la reputacion y la vida.

No obstante, cuando el príncipe de los sacerdotes le manda en nombre del Dios vivo que declare si es el Hijo de Dios, no vacila en responder que lo es en efecto. El responderle era una atencion debida á la autoridad, y un testimonio solemne que á la verdad debia prestar, y se lo prestó realmente, por mas que supiese que por su respuesta iba á ser condenado á muerte por aclamacion como un blasfemo. Así, pues, como hay circunstancias en que se debe enmudecer, hay otras en que es preciso hablar; y son, cuando la autoridad legítima nos pregunta, y se trata de una materia importante á la religion ó á la buena moral. No debe atenderse entonces ni á la malignidad harto conocida de las intenciones, ni á los fatales resultados que puede acarreararnos nuestra confesion; sino que se debe declarar la verdad francamente y con una santa intrepidez, teniendo á muy alto honor el ser inmolado por ella.

Heródes, príncipe impío y voluptuoso, manchado ya por la muerte de Juan Bautista, deseaba desde mucho tiempo ver á Jesus, no para instruirse y convertirse, sino para satisfacer su curiosidad con la vida y conversacion de un hombre extraordinario. Esperaba tambien que Jesus haria algunos milagros en su presencia. Hizole, pues, muchísimas preguntas, cuales podian esperarse de una persona de su carácter extraño al reino de Dios, sin religion, sin costumbres, que solo deseaba divertirse, ó cuanto mas satisfacer su vana curiosidad. Mas Jesus no se dignó contestarle, sin darle cuidado lo que pensaria sobre las acusaciones de que le hacian cargo sus enemigos, que se hallaban presentes. ¿Qué le importaba el ser condenado por semejante príncipe? Oprobio hubiera sido para él, en cierto modo, que le hubiese absuelto antes de despedirle. Heródes, pues, le despreció, con toda su corte; y para manifestar que le tenia por un mentecato, le hizo conducir á Pilátos vestido de blanco.

Si haceis abierta profesion de pertenecer á Jesucristo, y de seguir sus ejemplos y su doctrina, preparaos á pasar por un mentecato en el concepto de los incrédulos y de los libertinos, y á ser el blanco de sus menosprecios y de sus irrisiones. No os comprometais con ellos, ni respondais á sus preguntas, pues solo desean divertirse á vuestra costa y tornar en ridículo cuanto les dijéreis. En general, desde el momento en que se es hablado en tono de mofo de las cosas de Dios y de materias espirituales, guardad silencio, y despreciad el juicio que se os haga de vosotros. ¡Dichoso el que en tales ocasiones participa del oprobio de Jesucristo!

Pilátos, á quien se vieron precisados á recurrir los judíos porque carecian del derecho de vida y muerte, reconocia la inocencia de Jesucristo: sabia que por pura envidia le conducian á su tribunal; y despues de haberles oido, declaró que no le juzgaba digno de muerte. Con todo, para salvarle sin comprometerse, le puso en parangon con Barrabás y lo mandó azotar. Este juez, débil por política, temia que los judíos le hiciesen un crimen ante el César de haber perdonado á un hombre que se habia declarado su rey; mas viendo que persistian en pedir su muerte á grandes gritos, se lo entregó, contentándose con lavarse las manos delante de ellos, y protestando que era inocente de la sangre del justo.

Como este gobernador romano, aunque débil, tenia rectitud, Jesus, á la pregunta que le hizo de si él era el rey de los judíos, no titubeó en confesarle que lo era; mas que su reino no era de este mundo. Por este medio ponía á Pilátos en camino de instruirse, si él lo hubiera querido. Añadió Jesus: *Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz.* (Joan., XVIII, 37.) Nada de esto podia entender un pagano; pero por esta misma razon era natural que pidiese su explicacion. Pilátos le preguntó, pero sin tomar mucho interes: *¿Qué es la verdad?* Y sin aguardar la respuesta, que hubiera sido decisiva

para su instruccion, dejó á Jesus, para ir á decirles á los judíos que no le hallaba culpable. Hé aquí la primera falta que cometi6 Pilátos, y que le arrastró á todas las demas. Jesus queria ilustrarle: habia ya empezado; la luz hubiera crecido por grados, si aquel hubiese continuado la conversacion. Mas la interrumpió, y se hizo indigno de que Jesus la renovase despues. Porque luego de concluido este primer diálogo, puso á Jesus en la misma línea de Barrabás, dejando á los judíos el derecho de liberar al uno ó al otro, y le hizo sufrir en seguida una cruel flagelacion. Por buena que fuese la intencion de Pilátos no podia excusar dos injusticias tan crueles. Mejor le hubiera salido la firmeza, pues no podia ignorar que si se afloja un poco á la passion es despues mucho mas férvida en todos sus resultados. Tuvo por conveniente mostrar á Jesus á los judíos en el estado mas propio para excitar su compasion; mas este sentimiento, empero, habia ya huido de su corazon: así, que gritaron mas que nunca: *Crucificalo, crucificalo*. Y cuando les dijo que le crucificasen ellos mismos, pues él no le hallaba causa alguna para condenarle á muerte, respondieron: *Nosotros tenemos una ley, y segun esta ley debe morir, porque se ha hecho hijo de Dios*. (Joan., XIX, 7.) Tal era realmente en su concepto el verdadero crimen de Jesucristo.

Estas palabras de los judíos debieran haber recordado á Pilátos las que le habia dicho el Salvador y hacerle sospechar que este hombre era algo mas que un hombre ordinario, por cuyo motivo le inspiraron sentimientos de temor. Volvió, pues, á entrar en el pretorio, y dijo á Jesus: *¿De dónde eres tú?* Mas Jesus no le dió la menor respuesta. No la merecia en efecto, despues del abuso que acababa de hacer de las luces que habia recibido. Sin esto su pregunta le hubiera abierto la puerta de la verdad, dando ocasion á Jesus para explicarle de dónde y por qué habia venido á la tierra, su procedencia eterna y su mision temporal. Pilátos le dijo sorprendido: *¿A mí no me hablas? ¿Pues no sabes que está en mi mano el crucificarte y en mi mano está el soltarte?*

No podia imaginarse cómo un hombre, de cuya vida era árbitro, le respetase tan poco, ó le fuese tan indiferente la muerte, para no responderle. Por un sentimiento de piedad hácia este juez cobarde que iba á perderse delante de Dios, Jesus le dijo aquellas palabras que fueron las últimas y que debian abrirle los ojos: *No tendrías poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba*. Por tanto, quien á ti me ha entregado, es reo de pecado mas grave. Tú me juzgas inocente, y por intereses humanos vas á condenarme á muerte, no sabiendo de otra parte quién soy. En esto eres culpable; pero no tanto como aquellos que por una maligna envidia me han puesto en tus manos, habiéndose voluntariamente cegado para desconocerme. En cuanto al poder que sobre mí tienes, te ha sido dado de lo alto, y no eres libre de usar de él á tu antojo. ¡Qué impresion no debia hacer en Pilátos esta firmeza, esta dignidad mas que humana, esta indiferencia de la vida y este desprecio de un suplicio tan cruel como infame! Buscó, pues, de nuevo cómo salvar á Jesus. Mas no supo resistir á esta amenaza de los judíos: *Si sueltas á ese, no eres amigo del César; puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César. No tenemos rey sino á César*.

En mil ocasiones los verdaderos discípulos de Jesus han tenido y tienen cada dia que combatir contra la política humana. Dios concede entonces la fuerza y la sabiduría á los que le son fieles, y que están dispuestos á sacrificarlo todo en defensa de la verdad. Los mártires son de ello una prueba. En calidad de cristianos no han creído hacer mas que cumplir con su deber, inmolándose como su Maestro á los últimos suplicios antes que hacer traicion á su fe. Sus discursos, que les inspiraba el Espíritu Santo, y aún mas su invencible intrepidez, confundian á los jueces; los cuales convencidos de su inocencia les condenaban casi siempre por un cobarde respeto á los edictos de los emperadores, y por culpables condescendencias con el pueblo. Desde que se estableció el cristianismo, ¿de cuántas injusticias públicas, de cuántas secretas infidelidades, de cuántas resistencias á

la gracia no ha sido causa el desdichado respeto humano! ¡Cuántas almas no ha perdido! ¡Cuántos buenos deseos, cuántas santas resoluciones no ha hecho abortar! Si no siempre daña á la salvacion, es rarísima la vez que no perjudica á la perfeccion. En el claustro, así como en el siglo, es el mayor enemigo que tienen que combatir las almas que á ella son llamadas. Ocultemos nuestra virtud y nuestras buenas obras á los ojos de los hombres; no hagamos el bien con el objeto de que nos lo vean hacer: este es el precepto del Evangelio. Mas no sea que el deseo de agradecerles, ó el temor de disgustarles nos estorbe jamas de lo que el deber exige de nosotros, ó de lo que la gracia nos inspira. Marchemos con la frente alzada; declarémonos cuando sea necesario; jamas hagamos traicion á la causa de Dios. Nada es mas glorioso para él, nada le complace tanto como el ver que su interes es nuestro espíritu superior á todo lo demas, hasta en los objetos mas minuciosos; pues en estos es mas difícil vencer el respeto humano, porque no nos vemos sostenidos por aquellos grandes motivos que dan valor en las ocasiones importantes.

CAPITULO LIX.

PADECIMIENTOS DE JESUCRISTO EN SU PASION.

No sin razon llamó anticipadamente Isaias á Jesucristo *el Varon de dolores*. Si fueron extremados sus padecimientos exteriores, los superaron de mucho los interiores. Desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza ninguna parte de su cuerpo quedó ilesa. Ya en el huerto de los Olivos, aquel sudor de sangre tan extraordinario no pudo ser producido sino por las mas violentas y raras convulsiones. Su cabeza fué coronada de espinas que los soldados hundieron en ella con golpes redoblados; su rostro fué lastimado de bofetadas; su cuerpo fué desgarrado

y derramada su sangre en la flagelacion. Se le renovaron la llagas cuando se le arrancó su túnica, ya para cubrirlo con un mal trozo de escarlata, ya para crucificarlo. ¡Cuánto no tuvo que sufrir llevando su cruz por las calles de Jerusalem, hasta la montaña del Calvario! ¡Qué dolores tan agudos cuando le talaron con gruesos clavos las manos y los piés! ¡Cuán terribles sacudimientos! ¡Qué desconcierto y estiron en todos sus nervios cuando se levantó la cruz y la colocaron en el agujero! Sus tormentos llegaron á su colmo, durante las tres horas que estuvo colgado en la mas violenta posicion en que pueda hallarse un hombre. Todos sus padecimientos se sucedieron sin interrupcion y siempre aumentando por el espacio de quince ó diez y ocho horas que duró su Pasion. Hasta su lengua y su paladar tuvieron su particular tormento, cuando se le dió á beber vinagre y vino mezclado con hiel.

He hablado de sus martirios interiores, al tratar de su agonía: nos es imposible formarnos una idea cabal de ellos. Todo lo que podemos decir, y que lo abraza todo, es que fueron tales, que solo un Hombre Dios era capaz de soportarlos.

Padeció sin consuelo divino ni humano, privado de todo recurso, de todo sosten en sí mismo. Padeció, creyéndose digno de sufrir aún mas, y deseándolo por amor á su Padre y á nosotros. Padeció sin querer que se le tuviese lástima, ni se le diese la menor señal de compasion. *Hijas de Jerusalem*, dijo á las mujeres que le seguian caminando hácia el Calvario, *no lloreis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos*. (Luc., XXIII, 28.) Mas le ocupaban, mas le conmovian los males que debian desplomarse sobre aquella culpable ciudad, que los suyos propios. Padeció con una paz, con una serenidad de alma maravillosa, saboreando, por decirlo así, sus tormentos, y no dejando pasar ninguno sin sentirlo con toda su fuerza.

Vengamos ahora á la otra parte de la cruz de Jesucristo, quiero decir, á sus humillaciones, que fueron, si cabe, superiores á sus padecimientos y mas amadas de su corazon. Ya lo es